

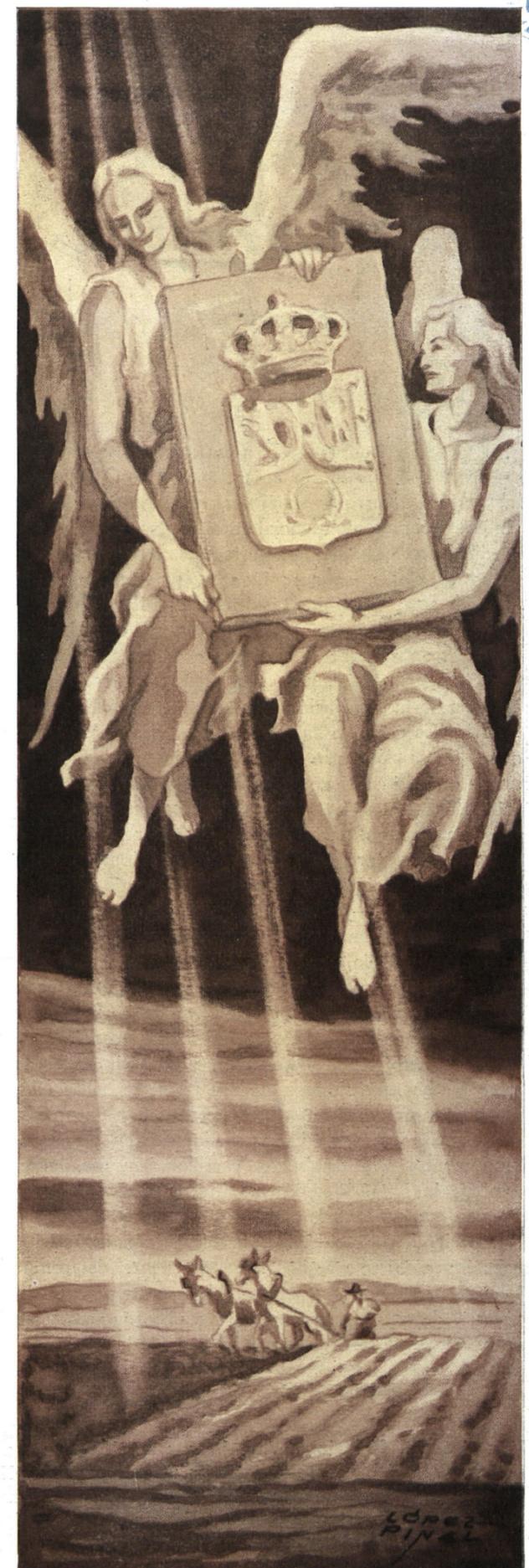
# AYER Y HOY DE UNA PROVINCIA

**P**OR todos es sabido lo difícil que resulta hablar mal del pasado por trance parecido, bien comprenderá el lector que me encuentro. Es tanto como pretender desacreditar a la novia que nos hizo una trastada, y a la que, a pesar de que se sigue amando, o ensañarse, al menos de palabra, con el hijo poco estudioso o con el amigo bien amado que se aparta de la conducta correcta; aunque se quiera ser juez implacable, el comentario, la diatriba, que surge de nosotros, es siempre dura de lo que debiera ser. Pues bien, algo parecido me ocurre a mí cuando tengo que referirme a los sucesos acaecidos en los primeros momentos del Glorioso Alzamiento Nacional, dentro de la provincia de Madrid: la expresión de mis opiniones benévolutamente influidas por el gran cariño que profeso a esta querida tierra. Pero además, todo hay que decirlo: la provincia madrileña no es totalmente responsable de su «pecado». Madrid, donde se encontraba la máxima potencia oficial del Frente Popular, impuso, con la fuerza de los acontecimientos desarrollados en la capital, la tónica de los hechos que iban a acontecer en los pueblos. No fué suficiente para oponerse a la realidad capitalicia, ni el heroísmo de las guerrillas sencillas en su fe e ideales, ni tampoco la decidida actitud de una fuerza armada, pequeña en número, pero grande en valor, ni la resistencia heroica de tantos puestos de la Guardia Civil, que supieron morir haciendo frente al enemigo como, por desgracia, no podemos olvidar que toda moneda tiene anverso y reverso, diremos que la cruz de nuestra provincia en aquellos momentos de agitación y zozobra, estuvo representada por aquella multitud revolucionaria de las milicias populares que tuvieron sus comienzos más o menos bucólicos — cómo no recordar aquellos domingos marxistas con desfiles unitarios — en lícitas diversiones campestres que fueron degenerando poco a poco, para terminar inundándonos de sangre los campos y bosques de la gran parcela española.

Mientras en la capital se multiplicaban a cada momento los crímenes que hasta ellos llegaban, en los pueblos de la provincia se veían agitados igualmente por un oleaje de crímenes que hasta ellos llegaban. En aquellos momentos de confusión no existía más problema que la lucha por la vida. Los Ayuntamientos no tenían otra alternativa que seguir el ritmo que el Frente Popular les imponía, y al igual que en la capital, en los pueblos también se cometieron saqueos y atropellos, tropelías incalificables que, en ocasiones, utilizaban la careta de la política para saldar viejas rencillas particulares e incluso para liquidar deudas o para vengarse de determinados fracasos amorosos. No era en aquel momento ocasión para construir ni tampoco se presentaba oportunidad para hacer el bien en unos Municipios que eran de odios, luchas e intrigas. ¡Cuántos hechos se podían evocar de aquellos días!, y, sin embargo, qué difícil es, como pide a mí en este artículo, establecer equivalencias entre dos etapas tan dispares, sin puntos comunes, por ser la de ahora tan distinta gracias al impulso generoso de nuestro Caudillo Franco. Hoy a los Ayuntamientos de la provincia de Madrid se preocupa la realización de proyectos e iniciativas encaminados al mejoramiento de la vida rural. Día a día, paso a paso, se aplicando la fisonomía de esta provincia que hoy goza de paz, trabajo y prosperidad. Ya todos sus pueblos tienen agua y ningún núcleo de población está incomunicado, y las carreteras provinciales y caminos vecinales son cuidadosamente mantenidos. Cada día hay un pueblo en el que se hace algo nuevo. Se inaugura una clínica, o se amplía un abastecimiento de agua potable, se construye un lavadero público, o se levanta una Casa del Médico, o se atiende el tendido eléctrico preciso, o se planta un árbol forestal. La provincia trabaja, y la paz de Franco va llevando a todos los rincones los instrumentos más modernos de la civilización. No sé, por tanto, hasta qué punto es correcto comparar esta provincia de Madrid, laboriosa y sosegada, con aquella otra, vencida por el temor, el desorden y la confusión. Ahora bien, si nuestra dignidad nos impide establecer comparaciones, nuestro sentido del deber sí nos obliga a cantar la realidad de una política honrada que ha impulsado las más bellas obras que durante largo tiempo estuvieron esperando y que fueron incapaces de realizar los hombres del trágico Frente Popular tan generosos en ofrecimientos como remisos en la hora de la eficacia.

Base de esta tarea, principio de esta transformación, no fué de nuestra provincia, sino de toda la Patria, fué el 18 de julio, conmemorado gozosamente por todos los españoles, y que una vez más, renovamos nuestra fe en los postulados del Movimiento y nuestra adhesión inquebrantable al Caudillo que inspiró.

MARQUES DE LA VALDAVIA



BIBLIOTECA PROVINCIAL DE MADRID - DIFUSION

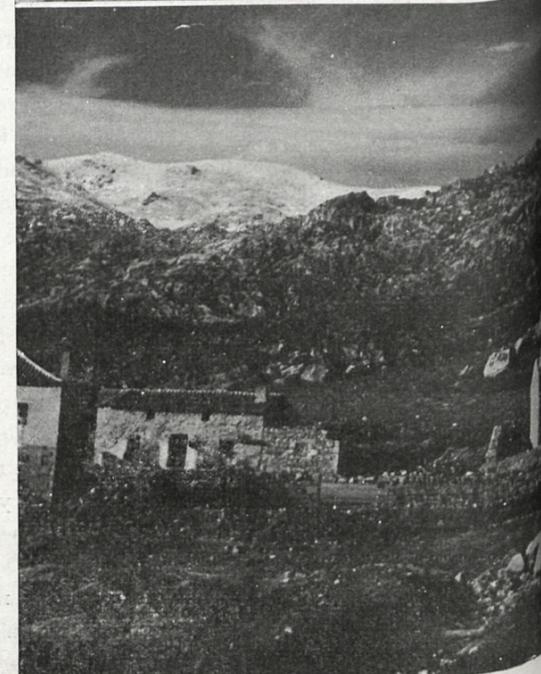


LOS escritores y periodistas que consagran especial dedicación a los temas de turismo, constituídos en entidad que sirve el designio de fundir actuaciones y voluntades, han comenzado a desarrollar un interesante programa de trabajo. En él figuran, como esencial empeño, las excursiones. Debe predicarse con el ejemplo. La manifestación genuina del turismo es viajar, conocer lugares, paisajes, monumentos, joyas de arte y vestigios históricos. Eso hace pensar a quienes tratan de impulsar tales aficiones, que deben ser los primeros en cultivar el ejercicio.

Entre sus planes, para este otoño, han incluido los directivos de la Asociación algunas visitas a la provincia de Madrid. La cercanía sugiere que ellas no se demoren. Pero existe otra razón, otro motivo para inspirarlas. La provincia de Madrid contiene cosas de positivo interés. Decir algo sobre ellas —y no es que estén inéditas, naturalmente— representa una obligación moral de quienes sienten el impulso de divulgar que, después, será aficionar a los demás. Trátase, pues, de la empresa importante de iniciar lo que puede llamarse —ya lo he dicho en alguna otra ocasión— el «redescubrimiento» de la provincia madrileña.

Ha vivido ella, mucho, demasiado tiempo, en penumbra, porque la excesiva luminosidad de la capital hacía más oscuro lo circundante. Todo lo absorbe la gran urbe. Ha sido ahora, en estos años, cuando la presencia constante del Presidente de la Diputación y los Diputados, en los pueblos, ha servido para que se proyecte sobre ellos una atención y una curiosidad que no se daban antes. Es sabido y notorio que, en la provincia, existen joyas de arte, monumentos arquitectónicos, castillos famosos, lugares en los que la Historia dejó una huella gloriosa. Es preciso acercarse a los burgos olvidados. El contacto que se vaya estableciendo y que, si las iniciativas son fecundas, como cabe esperar, se ha de hacer más frecuente, determinará relatos y estimaciones, y así, podrá despertarse entre los que viven en la capital, multitudinaria y absorbente —y también entre las gentes de fuera que forman los heterogéneos con-

Una vista del Palacio de Aranjuez, envuelto en sus amenos jardines, sirve como contraste al severo y castellano paisaje del Castillo de Manzanares el Real. Ambos motivos, tan dispares, pero igualmente bellos, dan una idea de la riqueza turística de nuestra provincia.



## COMENTARIOS

# El turismo, organizado, puede determinar el «redescubrimiento» de la provincia de Madrid

tingentes turísticos— un interés ilusionado por acudir a enfrentarse con tantas cosas de interés, admirables, que han permanecido poco menos que ignoradas.

Es cierto que hay villas y ciudades que lograron una mayor notoriedad, concitando la comparecencia de los turistas, como El Escorial, Alcalá de Henares y Aranjuez. Pero puede decirse que en ellas se detiene el motivo de sugestión y visita. La historia es la que decide la selección. Hay, empero, otros lugares y rincones donde pueden contemplarse testimonios de idéntico o parecido valor, de indudable rango. Y apenas se va a verlos. No diré, exagerando la lamentación, que ello constituya una vergüenza, pero sí que es entristecedor. Y que debe corregirse. A esa misión reivindicadora quieren entregarse, con todo entusiasmo, los escritores de turismo españoles.

¿Está enterado todo el mundo, pongo por ejemplo, que en San Martín de Valdeiglesias se halla el castillo que fue de don Alvaro de Luna y pasó, después, a la casa ducal del Infantado? ¿Saben las gentes que, ahora, acometieron la empresa de restaurarlo el Barón de Sacro Lirio y la Diputación de Madrid? Existe allí otra gran obra arquitectónica, la iglesia parroquial, que comenzó a construir el eximio Herrera, y cuya edificación se hizo tan dilatada y laboriosa que dió lugar a un dicho popular: «Todas las cosas tienen fin menos la iglesia de San Martín». El castillo de Manzanares, uno de los más interesantes de España. El palacio de los Condes de Altamira, en Morata de Tajuña, muy visitado por los monarcas españoles en el siglo XVII. El también famoso castillo de Chinchón, de fines del XIV o comienzos del XV, que fue morada de los Condes de aquel nombre, ella doña Beatriz de Bobadilla, la gran amiga de la Reina Isabel de Castilla. La iglesia del mismo pueblo, con su original torre, separada del templo. Todos los históricos vestigios de Torrelaguna, la patria chica del Cardinal Cisneros. Pinto, con su prisión, en la que estuvo cautiva la de Eboli. Y Móstoles, aunque no sea más que para enfrentarse, en sentimental evocación, con la casa del popu-

**SIGUE...**



El Monasterio de El Escorial aparece aquí como fondo a este paisaje que la explotación del turismo ha embellecido. Efectivamente, la repoblación forestal y la piscina de un lujoso hotel constituyen un atractivo conjunto para el viajero que llegue atraído por la fama de la octava maravilla del Mundo.

lar Alcalde, símbolo humano de la fortaleza de nuestra raza. Y así, multitud de rincones y lugares, impregnados, a través de los siglos, de historia y de arte.

No son sólo el Monasterio del Escorial, los jardines y palacetes de Aranjuez y todo el acervo, testimonial e impresionante, de la ciudad complutense, Alcalá, cuna de Cervantes, cuya casa natal se ha reconstruído y será museo que debe concitar interés y visita. Hay otros muchos pueblos que inspiran la atracción, pero a los que no se acude con la frecuencia deseable porque son malos los caminos, difíciles las comunicaciones. Todo eso irá cambiando a medida que se consiga una mayor afluencia. Y ésta se ha de lograr, tiene que ser pronto una realidad.

Por todas estas razones insisto en que tiene gran importancia y es plausible que se piense en realizar los itinerarios por la provincia. Es, a la vez, reivindicación y redescubrimiento. Son importantes, de innegable notoriedad, las mejoras que, en los últimos años, se han llevado a los pueblos, injustamente preteridos, incomprensiblemente olvidados, de nuestra provincia. En muchos de ellos se advierte ahora una esplendente

progresión industrial, que corresponde al ritmo impreso a la de España. Pero falta, de modo evidente, el impulso para la sugestión que estimula al turismo. Pocas actividades se realizan ahora con más ilusión. Los deseos existen. La voluntad de andar y ver es indiscutible. Hace falta, y sin demora, canalizar las inclinaciones y encauzar las apetencias. Está ahí la tierra, casi incógnita, de Madrid, esperando a las gentes de todas partes que pueden acudir a ver y admirar los templos, monasterios, castillos, casonas, paisajes y vestigios. Es mucho más de lo que se supone. Y a las puertas mismas de la gran ciudad, a cortísima distancia —aunque, de un modo subjetivo, parezca más larga— de la Gran Vía, agitada y muchedumbrosa, todo ello constituye un valor perenne que tenemos en derredor, junto a nosotros. Tenemos el deber de incluirlo en los recuerdos viajeros. Es la mejor forma de acreditar una espiritual inquietud.

FRANCISCO CASARES

(Fotos Loygorri.)

# COMENTARIOS

## LA DIPUTACION MADRILEÑA Y «MANOLETE»

CON firme perseverancia, que revela elocuentemente los sentimientos afectivos que a la Diputación Provincial le inspira la memoria de «Manolete», viene celebrando anualmente este organismo oficial misas en sufragio del alma del diestro cordobés, trágicamente fenecido en el ejercicio de su arriesgada profesión.

A estos actos piadosos asisten el Marqués de la Valdavia, varios Diputados provinciales, funcionarios, cronistas taurinos, el empresario de la plaza Monumental y un grupo numeroso de toreros, todos los cuales rinden, de esta manera cristiana, un sentido homenaje al artista, pundonoroso y valiente, que sucumbió en un día infausto ante las astas homicidas de «Sisero».

Este año se agregó al habitual número de esta distinguida concurrencia el que fué figura eminente del toro, Carlos Arruza, que compartió con «Manolete», en noble rivalidad, los resonantes triunfos que siempre acompañaron al coloso cordobés en todos los ruedos ibéricos.

La afinidad cordial que la Diputación madrileña mantiene, a través de los años, con «Manolete», obedece a motivos completamente justificados, puesto que este diestro, en uno de los rasgos característicos de su bondad, se ofreció a torear en las corridas de Beneficencia, organizadas por la Diputación, con el objeto de atender, en una de sus ramificaciones importantes, a los cuantiosos gastos que supone el sostenimiento de los servicios propios del Hospital Provincial.

Las consecuencias económicas que se derivaron de la actuación de «Manolete» en estos tradicionales espectáculos taurinos —hasta ahora insuperados por su excepcional brillantez— fueron sumamente halagüeñas. Las cantidades obtenidas repercutieron muy favorablemente en el mejoramiento de los servicios hospitalarios, a los que se dedica exclusivamente, por expresa disposición legal, esta clase de ingresos pecuniarios.

Es justo consignar que, en una de esas corridas, sufrió «Manolete» una cogida de cierta importancia. Su sangre, impetuosa y juvenil, derramada tan desinteresadamente, fué la rúbrica más expresiva que exornó sus nobles sentimientos.

Ante la ejemplar conducta del genial torero, la Diputación madrileña colocó una lápida, reflejo de su reconocimiento y gratitud, en una de las salas del Hospital Provincial.

Por este acto transcendental, que tuvo la virtud de incorporar definitivamente el nombre de Manuel Rodríguez Sánchez al selecto número de los benefactores del citado Establecimiento, quedó vinculada, con lazos indestructibles, la memoria del gran lidiador a las páginas que enaltecen la historia de la Beneficencia Provincial.

Pero no acaban en este punto, ya suficientemente significativo, los afectuosos contactos que la Diputación madrileña mantuvo con el diestro cordobés. El más calificado representante de este Organismo, recogiendo con absoluta fidelidad el máximo sentir de los diputados provinciales, solicitó y obtuvo de los altos poderes del Estado, a favor de «Manolete», la concesión de la Cruz de Beneficencia, cuyas preciadas insignias impuso sobre el ataúd del extinto torero el ilustre Marqués de la Valdavia, uno de los aficionados más inteligentes de la rutilante fiesta española, hoy verdaderamente internacionalizada por la entusiasta concurrencia de espectadores extranjeros.

Cuando se ha cumplido el décimo aniversario de la muerte de «Manolete», acaecida en la plaza de Linares, en la que enterró su brillante aureola de héroe popular, es justo recordar su clara ejecutoria magnánima. El Hospital Provincial, que es un corazón abiertamente paternalmente hacia los cuatro puntos cardinales del mundo doliente español, evoca con nueva emoción esta desgraciada efemérides.

Elevemos a Dios, con fervor cristiano, en estos momentos conmemorativos de la muerte del torero cordobés, una oración por el alma del que fué, conjuntamente, un héroe multitudinario y un hombre bueno y bondadoso, eficaz colaborador en las finalidades humanitarias de la Beneficencia Provincial madrileña.

ANGEL BOLADO ALLENDE

## NO IMPORTA EL TRIUNFO, SINO EL EJEMPLO

NO llegábamos a doscientos los falangistas que el 19 de julio de 1936 entramos en el Cuartel de la Montaña para sumarnos al puñado de soldados que iban a intentar ponerle dique a la alta marea que comenzaba a batir los costados de la capital de España.

Durante la víspera de aquella jornada se habían aplicado los más extraños arbitrios a la transmisión de consignas, instrucciones, órdenes de toma de contacto y concentración... Al mismo tiempo, imprecisas y cargadas de pasión, nos llegaban a jirones, a ramalazos, las noticias de que España empezaba a arder por sus cuatro paredes geográficas.

Quienes quieran ahiecar la significación de aquella presencia falangista en el Cuartel de la Montaña podrán decir que a los doscientos muchachos que allí se encerraron les arrastró el cálculo prematuro y excesivamente alegre de un seguro triunfo. Pero los protagonistas supervivientes de aquel glorioso episodio tienen que contar la historia de otro modo. Porque ya en la mañana de aquel 19 de julio, que hoy conmemoramos, sospechábamos todos con vehemencia que la victoria no iba a ser en Madrid fruto temprano y fácil, pues la Falange podía hacer con exactitud el balance de las posibilidades y recursos de un enemigo con el que se había batido largamente, casi día por día, en tres años de heroico entrenamiento.

Pero la Falange de Madrid tenía que estar representada en el Cuartel de la Montaña por razones de más fuerza que cualquier tipo de previsiones respecto al resultado inmediato de aquel intento. En definitiva, la entrada en el Cuartel, a la alegre desesperada de los veinte años —mirad por dónde, mucho antes, don Miguel de Unamuno había dicho que no hay nadie más esperanzado que los desesperados—, venía a completar una parábola de ejemplaridad de la que algo más tarde habría de deducirse un estilo nuevo y total de vida española. Y aún más que española. Pues bastantes años más tarde, al aparecer en cierto país de Hispanoamérica un movimiento político de netas afinidades ideales con la Falange, alguien escribió en su Decálogo: «No nos importa el triunfo, sino el ejemplo.»

El ejemplo era, en resumidas cuentas, lo que más le importaba al centenar doblado de falangistas que se metieron dentro de los muros del Cuartel de la Montaña. Había que demostrar una vez más que no asustaba a la Falange el rugido de aquella masa mezclada y residual que se había ido reuniendo a las puertas del Cuartel para abrir plazo— pues frustrarla no pudo— a la última esperanza española de liberación y de rescate. Y había que demostrar también que el Ejército no estaba solo en su empeño liberador, sino aliado con el pueblo verdadero de España, asistido, y no sólo con palabras, por sus gentes más representativas y esenciales.

La pleamar de rencor que batía contra los paredones del Cuartel tenía poco que ver con el pueblo. El pueblo es un concepto claro, nutrido de aportaciones diversas y limpias que incorporan todas las matizaciones sociales, y, al propio tiempo, expresan constantes, unánimes, rasgos diferenciales y permanentes de una comunidad nacional. Lo contrario del pueblo era aquella masa ululante que disparaba sus armas contra los defensores del Cuartel de la Montaña. Aquello era la horda, una entidad confusa y tentacular que aspiraba por instinto a estrangular todo lo que representase una voluntad clásica— clásico es lo contrario de conservador y de derechista— de orden y jerarquía.

En cambio, pueblo auténtico eran aquellos doscientos muchachos —estudiantes y obreros, empleados modestos, gentes de una España sin privilegios, pero que pechaba con los deberes más arduos— que entraron a paso militar por las puertas del Cuartel de la Montaña, dispuestos a morir, vistiendo la camisa azul, por la esperanza de una mejor España. Y lo que no podemos olvidar los supervivientes es que somos —con los demás hombres de la Falange— los cumplidores testamentarios de aquella esperanza.

ARGIMIRO TORRECILLA